

PRÓLOGO

MAURO ARMIÑO

En su pretensión programada de hacer tabla rasa del pasado y revisarlo a la luz de la razón, de unas luces que debían acabar con el oscurantismo que había dominado la Edad Media y pervivía en el siglo XVIII, el tema del suicidio no tardó en atraer a los ilustrados: era un problema filosófico por excelencia. La cultura francesa tenía propuestas de gran ascendiente, como eran las de Montaigne, que remitían a todo el pasado de la cultura occidental, empezando por Sócrates cuyo suicidio ordenado parecía haber descrito paso a paso Platón en el *Fedón*. En su ensayo «Costumbre de la isla de Ceos» (*Ensayos*, II, III), Montaigne, siglo y medio antes, había hecho un repaso de diversas figuras históricas suicidas, justificando a quienes ante una vida penosa, unos sufrimientos sin esperanza, la adversa fortuna o una derrota que privaba de gloria y honor al jefe derrotado, elegían la muerte voluntaria; en otro de los ensayos, «De la crueldad», esos motivos parecen al filósofo las incitaciones al suicidio más excusables, cuando no justifican una acción, no solo exenta de turbación y espanto, sino que, cuando Catón de Útica se desgarró las entrañas, «estoy

convencido, desde luego, de que sintió placer y voluptuosidad en una acción tan noble, y que se complació en ella más que en ninguna otra de las de su vida... En ese comportamiento me parece leer no sé qué gozo del alma, y una sensación de extraordinario placer y de viril voluptuosidad cuando su alma consideraba la nobleza y la altura de su gesto»¹. La posición de Montaigne es clara y libre, enfrentada a las prédicas de la Iglesia contra el suicidio.

Esa libertad de pensamiento de Michel Eyquem, señor de Montaigne, es lo que van a heredar los ilustrados, desde Voltaire a Rousseau² o Giacomo Casanova o algo más tarde Germaine de Staël (1766-1817), que en su ensayo *De l'Influence des passions* (1796), escrito en un momento vital depresivo, arremete contra su adorado Rousseau y le reprocha su apología de la muerte voluntaria. La legitimación que del acto del suicidio hace De Staël en ese libro será más tarde reprobada por ella misma en sus *Réflexions sur le suicide* (1813).

Todos los ilustrados manejan las mismas fuentes, los mismos ejemplos y episodios de suicidas históricos; eran patrimonio de la cultura general desde el Renacimiento, y figuraban en recopilaciones o manuales históricos o morales; en algunos casos alterados, procedían de la literatura clásica, empezando

1. Montaigne, *Ensayos*, II, XI, trad. M. Armiño, pág. 168, Alianza Editorial, 2025.

2. En la carta XXI a Milord Édouard de la tercera parte de *La Nouvelle Héloïse*.

por el *Fedón* platónico, subtítulo *Sobre el alma*, que continúa su *Apología de Sócrates* y siguiendo por otro de sus diálogos, el *Critón*. En el *Fedón*, el relato sitúa a Sócrates rodeado por discípulos y amigos en el momento de cumplir el castigo que las autoridades le han impuesto bajo la acusación de «corromper a la juventud» y alejarla de la democracia: morir mediante la cicuta. Platón recoge las últimas palabras de Sócrates, quien plantea la actitud del filósofo ante la muerte, las relaciones del alma y del cuerpo, del que aquella se ha «desembarazado» como fardo, así como de la eternidad de esa alma una vez liberada de su envoltura terrenal y del destino que la aguarda después de pasado el trance de la muerte. ¿Son las ideas de Sócrates? «Pienso que Platón está utilizando la figura de su inolvidable maestro para exponer su propia doctrina sobre el tema [...] Platón, por boca de Sócrates nos da una visión ascética de la vida del filósofo, empeñado durante toda su actividad en purificarse de lo corpóreo y en atender al bien de su alma»³. Ese «desembarazarse» del cuerpo es para el filósofo una superación de lo terrenal, que debe realizar con «entusiasmo» (dirá Germaine de Staël), como hizo, por ejemplo, según el poeta Calímaco (*Epigramas*, XXIV), Cleómbroto de Ambracia: «Diciendo “¡Adiós, sol!” / Cleómbroto de Ambracia / de un alto techo / se arrojó al Hades; / no estaba afectado por ningún mal / digno de muerte; pero había leído / un escrito, el

3. Carlos García Gual, prólogo al *Fedón*, en *Diálogos. Fedón, Banquete, Fedro*, págs. 13-14, Editorial Gredos, 1986.

de Platón sobre el alma». Casanova no recogerá ese ejemplo, pero sí el de Catón de Útica, que lo hizo con el mismo apasionamiento.

En 1763 Casanova no se planteaba teorizar sobre el suicidio cuando la desesperación lo había llevado a pensar en él. Según la *Historia de mi vida*, los continuos viajes en los que en esa y otras fechas se veía embarcado huyendo de la Inquisición lo llevaron a Londres donde, ya con 38 años, se vio envuelto en las redes de una cortesana, Marianne Augspurger, llamada *la Charpillon*; esta había negociado con el caballero de Seingalt (título que inventó para sí mismo) la entrega de su hija, una joven de 16-17 años al «amigo de las mujeres»; pero la joven se negó esa noche a su «comprador» aduciendo distintas causas que por la mañana se descubrieron falsas. La ira de Casanova se convirtió en «una fuerte bofetada y una patada que la echó fuera de la cama». La situación se complicó porque las Charpillon decidieron cobrarse el error que el propio italiano reconoce haber cometido; en primer lugar, la Inglaterra de la época castigaba la pederastia con la pena de muerte, y Casanova ya tenía demasiados perseguidores a sus espaldas. Llevado a juicio bajo la acusación de agredir a la joven, el juez John Fielding (1721-1780), hermanastro invidente del escritor Henry Fielding (autor célebre por su novela *Las aventuras de Tom Jones*, 1749), lo absolvió haciendo pagar las costas del juicio a la demandante. Pero la negativa de la muchacha y la agresión contra ella hicieron que en Casanova surgiera una pasión desaforada («Solo se

ama lo que no se posee totalmente», escribe Marcel Proust) y que se sintiera «indigno de vivir [...] me metí en la cama tras haber dado orden de cerrar mi puerta a todo el mundo. Pasé veinticuatro horas reflexionando, convenciéndome cada vez más de mis errores y de que solo merecía desprecio. Creo que un hombre que se desprecia mucho tiempo a sí mismo cae en una desesperación que lo lleva al suicidio»⁴.

Esa experiencia vital —la primera vez en toda su carrera de libertino en la que se siente humillado por la negativa de una adolescente—, esa sensación de autodesprecio, la conciencia clara de empezar a envejecer —que provocaron en Casanova una metamorfosis que lo impidió caer en la locura, pero que no sabemos en qué lo convirtió—, y la frágil situación económica en que se encuentra durante esa estancia londinense de 1763, no parece que actúen ni tengan cabida en sus planteamientos posteriores sobre el suicidio: toda su argumentación es erudita, literaria. Seis años después, en 1769, Casanova publica su *Discorso sul suicidio* dentro de su *Confutazione della storia del governo Veneto d'Amelot de la Houssaie*; este *Discorso* fue redactado probablemente el año anterior, al menos en parte, durante su encarcelamiento de cuarenta y dos días en la Torre de Barcelona por haber mantenido relaciones amorosas con Nina, amante oficial del conde de Ricla, virrey de la capital catalana; cuando se le abrieron las puertas de la Torre fue expulsado de España el 28 de

4. Giacomo Casanova, *Historia de mi vida*, trad. de M. Armiño, tomo II, pág. 2460 y anteriores.

diciembre. No hay que olvidar que Casanova, además del «amigo de las mujeres» por el que su apellido ha pasado a ser sinónimo de «don juan desmesurado», es también un hombre de letras del período de las Luces, dispuesto por lo tanto a intervenir en las polémicas de su época. En ese texto, Casanova polemiza con Amelot de la Houssaye⁵, a través de otro erudito italiano, Pietro Paolo Sarpi⁶, quien, al parecer, según su biógrafo, ya que no había escrito nada sobre el suicidio, lo defendía en caso de que alguien se viera perseguido por los enemigos. Venecia debía estar agradecida por

5. Nicolas Amelot de la Houssaye (1634-1706), historiador francés, embajador en Venecia, gran divulgador en Francia de la cultura italiana y española; tradujo tanto *El príncipe* de Maquiavelo como el *Oráculo manual y arte de prudencia*, del español Baltasar Gracián, uno de los éxitos de venta del reinado de Luis XIV, traducción que aún sigue editándose. Vertió al francés y anotó con mucho detalle también la obra de Paolo Sarpi. Houssaye calificaba el gobierno veneciano de los Diez «de una especie de oligarquía cerrada y cruel, con fuerte presencia de la Inquisición, que detrás de una imagen “democrática” escondía toda clase de intrigas y maquinaciones» (Paolo L. Bernardini, prólogo a su edición italiana titulada *Dialoghi sul suicidio*, que recoge también el texto de *Discorso sul suicidio*, Aracne Editrice, 2005, pág. 52).

6. Pietro Paolo Sarpi (1562-1623), monje de la orden de los servitas, teólogo, científico y matemático, además de autor de una obra abundante, en particular de *L'Historia del Concilio Tridentino* (Londres, 1619), historia no oficial que fue utilizada por los protestantes contra Roma; en el enfrentamiento de Venecia, que pretendía someter el clero a su control, y el papa Pablo V, Sarpi fue nombrado teólogo de la República veneciana, a la que defendió en numerosos escritos frente al Papado, por lo que fue excomulgado (1606-1607).

los ataques de Casanova contra un Houssaye en quien la República veía el origen de la «leyenda negra» contra la Serenísima. Nuestro autor se declara desde el principio «adorador de mi patria [...] dispuesto a defenderla con el derramamiento de toda mi sangre frente a cualquiera que la asaltase».

Casanova saca buena parte de los ejemplos que presenta de la *Istoria critica e filosofica del suicidio ragionato di Agatopisto Cromaziano* (1761), del religioso celestino Appiano Buonafede (1716-1793), cuya ortodoxia católica sigue atacando cualquier razonamiento filosófico que permita o justifique el suicidio. Pero si todas las referencias del *Discurso* tienen antecedentes librescos, de repente Casanova remata su ensayo situando a Voltaire en la picota por la defensa que el autor francés hace del suicidio en su *Diccionario filosófico* (1764), pasto de las llamas por orden de las autoridades e incluido en el *Índice* de la Iglesia al año siguiente. La violenta diatriba contra Voltaire parece derivar de causas personales más que de un enfrentamiento ideológico sobre el suicidio, más afirmado en el francés, más diluido y ambiguo en el veneciano.

«Éste es el momento más feliz de mi vida —le dije—. Por fin veo a mi maestro; hace veinte años, señor, que soy vuestro discípulo». Así inicia Casanova el capítulo X del tomo sexto de su *Historia de mi vida*, para entrar en materia sobre sus visitas a Voltaire en *Les Délices* en julio y septiembre de 1760. Durante varios días, según Casanova, el autor del *Diccionario filosófico* discutió con él —a pesar de su rendida admiración por el maestro— de igual a igual sobre diversas materias y

personajes —literarias, sobre el gobierno de Venecia, sobre la belleza de Ginebra—, adjudicándose el veneciano haber dado alguna lección al francés sobre el Ariosto o enmendar al maestro en su error sobre unos alejandrinos italianos de una traducción casanoviana de *Rhadamiste y Zénobie* de la que no se sabe nada. Casanova sentirá como triunfo propio que Voltaire adaptara en el *Diccionario filosófico*, más que traducir, una estrofa de ataque contra la alianza de la Iglesia y los poderosos: «Los papas y césares [...] del cielo al que ponen por testigo arrastran la cólera, / el interés es el dios que los gobierna a todos». Es cierto que Casanova, pese a confesarse discípulo, quiere mostrarse a la misma altura del hombre del momento en la cultura europea de la época. Su despedida es tirante debida a la discusión del último día, que inicia Voltaire con un reproche.

«—Si me hubierais leído, habríais encontrado las pruebas con que demuestro que la superstición es la enemiga de los reyes.

»—¿Que si os he leído? Leído y releído; y sobre todo cuando no comparto vuestra opinión. Vuestra primera pasión es el amor por la humanidad. *Et ubi peccas*. Ese amor os ciega. Amad a la humanidad, pero no podréis amarla tal cual es. No es susceptible de los beneficios que queréis prodigarle, y haciéndoselos la volveríais más desdichada y más malvada. Dejadle la bestia que la devora; ama a esa bestia. Nunca me he reído tanto como cuando vi a Don Quijote obligado, a pesar suyo, a defenderse de los galeotes a los que, por magnanimidad, acababa de devolver la libertad».

La conclusión a la que llega Casanova de su visita al maestro, a quien pareció, según una de sus cartas, «un simpático bufón», lo lleva a arrepentirse, solo en parte, de los ataques posteriores, entre ellos los que figuran en este *Discurso sobre el suicidio* y en el *Scrutinio del libro 'Éloges de M. de Voltaire'* (Venecia, 1779).

«Me marché bastante satisfecho de haber obligado a aquel atleta a avenirse a razones ese día. Pero dentro de mí quedó un malhumor que durante diez años seguidos me obligó a criticar todo lo que leía, viejo o nuevo, que había dado y daba este gran hombre al público. Hoy me arrepiento, a pesar de que cuando leo lo que he publicado contra él pienso que tenía razón en mis censuras. Pero habría sido mejor callarme, respetarlo y dudar de mis juicios. Hubiera debido pensar que, de no ser por los sarcasmos que tanto me desagradaron el tercer día, me habría parecido sublime en todo. Esta sola reflexión hubiera debido imponerme silencio, pero un hombre furioso siempre cree tener razón. Leyéndome, la posteridad me pondrá entre el número de los Zoilos⁷ y la humildísima reparación que hoy le hago quizá no sea leída»⁸.

Pero no se había limitado a ataques «literarios». Más tarde, en 1776-1778, cuando Casanova, de nuevo en Venecia, quiere congraciarse con las autoridades

7. Zoilo, rétor y gramático de Anfípolis (h. 400-320 a. C.), que arremetió contra Homero, cuya *Ilíada* empezó a traducir Casanova, gran admirador de Homero, en 1725, en octavas reales, y que interrumpió tres años más tarde en el canto XVII.

8. Este fragmento y el anterior figuran en Casanova, *Historia de mi vida*, ed. cit., t. I, págs. 1614 y 1615.

de la República que lo han perdonado tras dieciocho años de exilio desde su fuga de la prisión de los Plo-mos, y vive de expedientes de todo tipo —entre ellos el de confidente al servicio de los inquisidores vene-cianos—, no dudará en denunciar a Voltaire a la poli-cía secreta de la República «por sus producciones im-pías [...] sus cuentos son obscenos, la moral de Voltaire nunca está fundada filosóficamente, y, crimen patro-nímico, renegó de su apellido apropiándose la partí-cula nobiliaria»⁹, aludiendo a los títulos volterianos que se vendían en las librerías. Se ha llegado a suponer que el *Scrutinio del libro 'Éloges de M. de Voltaire'*, que aparece en otoño de 1779, le habría sido encargado por esos inquisidores.

La diatriba casanoviana no solo ataca a Voltaire por su defensa del suicidio, sino que centra sus invectivas en el escritor, de quien solo salva la novela corta *Cán-dido* y su teatro. La utiliza para reavivar su polémica con un Voltaire que representa «el materialismo ul-tramontano pero sobre todo objeto constante de una mezcla rabiosa de admiración y envidia»¹⁰: El triunfo y la fama de Voltaire habían crecido en toda Europa, desde Inglaterra al Imperio ruso; fue, por ejemplo, con medio centenar de obras dramáticas, comedias, trage-dias, óperas, uno de los autores más representados y

9. Gabriel Lahouati, *Avec Casanova. Penser, songer et rire* (Clas-siques Garnier, 2020), quien también supone el *Scrutinio* como encargo de la Inquisición veneciana. — G. Lahouati, «Assommer Voltaire?», en *Casanova, la passion de la liberté*, catálogo de la expo-sición, París, BNF, 2011, págs. 176-179.

10. Paolo L. Bernardini, ed. cit., pág. 55.

con mayores éxitos de público del momento. Durante su exilio en Inglaterra había conocido en profundidad la obra de Shakespeare, que difundió en Francia y que influyó sobre él, de manera especial en sus tragedias —que no dejarían de tener luego un peso sobre el teatro revolucionario y sobre el drama romántico—; pero en la actualidad, la impronta corneillana de ese teatro, la parálisis que a sus obras imponen las reglas clásicas, su lenguaje artificioso, retórico y lleno de opulencia lo han desterrado de las tablas —salvo en casos concretos, como la Comédie Française que lo repone como homenaje al teatro clásico del pasado.

Años después, en 1782, un Casanova más o menos protegido por las autoridades venecianas, o a su servicio, escribe *Dialoghi sul suicidio*, cuyo manuscrito se encontró en los archivos de Praga, y cuya primera publicación tuvo lugar, en traducción alemana, en 1994. Algo más de diez años después, en 2005, aparecían en su original italiano —en su estado inconcluso y con lagunas en algunos de los diálogos— junto al *Discorso*, al cuidado de Paolo L. Bernardini. Casanova siente en ese momento el peso de la vejez, vuelve a ser el nómada que recorre Europa hasta instalarse en Dux (Bohemia). Y, después de haberse opuesto en el *Discorso* al paganismo grecorromano, a las tesis estoicas, de rechazar el racionalismo que niega el alma racional, concluye que la justificación del suicidio basado en la razón sería fruto de alguna especie de locura. Ciertamente defiende la libertad del individuo, pero sometiéndola a las normas de una religión bastante difusa en el texto, que no deja de ser la católica.